

Carmen no era humana, era un ángel. Su calidez y su disposición tenían un algo de irreal, como si flotara, como su precioso cabello que siempre llamaba la atención.

En sus peores momentos era ella la que te daba ánimos y siempre tenía una sonrisa para todos.

Cuando los demás se liaban a quejarse o a discutir por lo que fuera, ella miraba y te decía, "bueno, vamos tú y yo a ponernos".

Siempre se quedará en mi corazón así, sonriendo, de forma auténtica como sólo ella podía sonreír, sin fisuras, sin dobleces, dura y dulce a la vez.

Adiós, mi ángel cordobés, guárdame un sitito a tu lado, donde quiera que vayas.